



# 05/Iconos de la confianza en Dios: San Vicente de Paúl.

M<sup>a</sup> Ángeles Infante,  
Hijas de la Caridad.

En esta semblanza biográfica, la autora expone, desde su más profundo conocimiento sobre la figura de San Vicente de Paúl, como éste dedicó su vida a Dios por su infinita bondad y confianza en Él.

Palabras clave:  
*Confianza, Servicio, Enfermo, Caridad, Maestro.*

In this biographical sketch the author explains -from her deepest understanding of the figure of St. Vincent de Paul- how he dedicated his life to God due to his his Goodness and trust in Him.

Key words:  
*Trust, Service, Sick, Charity, Teacher.*

## 1/

## La confianza en Dios en la base de su conversión.

Vicente de Paul era sacerdote desde el 3 de septiembre de 1600. Habían pasado 16 años y apenas había ejercido su ministerio de pastor, sólo un año en la parroquia de Clichy.

Desde 1613 era preceptor de los hijos de los señores de Gondí y vivía en el palacio de Montmirail, cercano a Paris. Estaba bien situado, acumulaba varios beneficios o puestos eclesiásticos, poseía una buena cultura: bachiller en teología por la Universidad de Toulouse y licenciado en Derecho y cobraba mensualmente un excelente sueldo. Era un sacerdote bien acomodado.

Un día de enero de 1617 se encontraba Vicente acompañando a la señora de Gondí, en el castillo de Folleville, por tierras de Picardía.

Desde la cercana localidad de Gannes, a dos leguas de distancia, llegó el aviso de que un campesino moribundo quería ver al Sr. Vicente. Este acudió inmediatamente a la cabecera del enfermo.

En el humilde tugurio, Vicente se sentó junto al lecho del enfermo para oír su confesión. Le animó a que la hiciera general de toda su vida.

El campesino empezó a desgranar el triste rosario de sus pecados. Era más de lo que Vicente había sospechado. Aquel hombre tenía fama de honrado y virtuoso.

Pero en su conciencia guardaba recelosamente miserias que nunca había revelado. Año tras año, confesión tras confesión, había callado -vergüenza, ignorancia, hipocresía- las faltas más graves de su vida. Vicente tuvo el sentimiento de que, en un último momento de gracia, arrancaba un alma de las garras del maligno. El campesino sintió lo mismo.

El secreto: **la confianza en la infinita misericordia de Dios** que le había transmitido aquel confesor. Los remordimientos de toda una vida abandonaron su alma. Respiró liberado.

De no haber sido por aquella confesión general, se hubiera condenado eternamente. Le invadió un gozo incontenible. Hizo entrar en la pobre estancia a su familia, a sus vecinos, a la misma señora de Gondí.

Y relató su caso. En los tres días que aún vivió confesó públicamente pecados que antes no había osado revelar en secreto. Daba gracias a Dios, que le había salvado por medio de aquella confesión general. La señora de Gondí se estremeció de terror:

“Señor Vicente: ¿qué es lo que acabamos de oír? Esto mismo les pasa, sin duda, a la mayor parte de estas gentes. Si este hombre, que pasaba por hombre de bien, estaba en estado de condenación, ¿qué ocurrirá con los demás, que viven tan mal? ¡Ay, Sr. Vicente, cuántas almas se pierden! ¿Qué remedio podemos poner?”<sup>1</sup>.

1. SAN VICENTE DE PAÚL: Obras completas, Ed Sígueme. Salamanca, 1973, tomo XI, p. 699.

## 2/

## El éxito pastoral de la confianza en la misericordia divina.

De común acuerdo, el joven sacerdote Vicente de Paul y la señora de Gondí encontraron un remedio: predicar e instruir al pueblo sobre el amor de Dios y la confianza en su infinita misericordia. Eso es fundamental para recibir el sacramento del perdón.

La semana siguiente Vicente predicaría en la iglesia de Folleville un sermón sobre la confianza en la infinita misericordia de Dios que perdona siembre, la confesión general y la manera de hacerla bien. Se escogió para ello el miércoles 25 de enero, fiesta de la Conversión de San Pablo. Vicente subió al púlpito.

Tenía ante él al humilde pueblo campesino de todos los rincones de Francia: los mismos hombres, embrutecidos por el trabajo, de su lejano Pouy natal; las mismas mujeres ignorantes y piadosas; los mismos jóvenes y los mismos niños, de rostros todavía intactos, pero cuyos ojos acusaban ya la mordedura secreta del pecado.

Vicente tenía sólo sus palabras: misericordia divina y confianza en el perdón; palabra y ardiente compasión por aquellos hermanos suyos abandonados pastoralmente. Predicó con claridad y fuerza. Instruyó, conmovió, arrastró. “**Dios bendijo mis palabras**”, dice él sobriamente.

La gente, la pobre y buena gente, acudió en masa a confesarse. Vicente y el sacerdote que le acompañaba no daban abasto. Hubo que pedir ayuda a los jesuitas de Amiéns, de lo que se encargó la señora de Gondí. Vino el

rector en persona, sustituido luego por otro compañero suyo, el **P. Fourché**. Aun así se vieron desbordados por la afluencia de penitentes. Repitieron la predicación y las exhortaciones en las aldeas vecinas, siempre con el mismo éxito<sup>2</sup>.

Fue una revelación. Vicente sintió que aquella era su misión, aquella era para él la obra de Dios: llevar el Evangelio al pobre pueblo campesino. No fundó nada aquel día. Acaso, ni siquiera tuvo la idea de que hiciera falta una fundación. Sólo predicó un sermón, “**el primer sermón de misión**”<sup>3</sup>.

Pasarían ocho años antes de que pusiera en marcha la Congregación de la Misión. Y, sin embargo, toda su vida haría que sus misioneros celebraran el 25 de enero como la fiesta del nacimiento de la Congregación de la Misión.

## 3/

## La organización de la caridad, gracias a la confianza,

Volvió a Montmirail, pero tan tocado por la gracia y la fuerza de la confianza en la misericordia divina que consiguió que su director espiritual Pedro Bérulle le ayudase a discernir la respuesta que debía dar a Dios.

Por los padres del Oratorio de Lyon sabía Bérulle que se encontraba vacante una parroquia de aquella diócesis, Chatillon-les-Dombes, y que se buscaba para ella un pastor competente y celoso. Le ofreció el puesto a Vicente. Este partió inmediatamente para su nuevo destino pretextando un pequeño viaje inaplazable, pero sin comunicar a la familia Gondí sus verdaderas intenciones. La situación espiritual era deplorable.

2. S.V.P: tomo XI o. c., E.S. p. 698-700.

3. S.V.P: tomo XI o. c., E.S. p. 700.

LH n.314

El pequeño hospital y la casa parroquial amenazaban ruina.

En el pueblo había seis capellanes, cuya vida distaba mucho de ser ejemplar: frecuentaban las tabernas y lugares de juego, cobraban por administrar el sacramento de la penitencia, obligaban a los niños a confesarse en público, delante de sus camaradas; algunos de ellos tenían en sus casas mujeres de dudosa fama.

El resto de los habitantes no desentonaba de los ejemplos del clero. Los hugonotes vivían en el libertinaje, consentido y fomentado por sus propios ministros. Los católicos desmentían su fe con la relajación de sus costumbres.

Vicente tenía delante una tarea inmensa. Buscó ayuda, y la encontró en un buen sacerdote de Bresse, **Luis Girard**, doctor en teología, que consintió en convertirse en su vicario. Y se puso al trabajo lleno de confianza en Dios y en su divina Providencia. Pronto logró reformar el clero y el pueblo.

Un domingo, mientras se revestía para la misa, la señora de Chaissagne entró en la sacristía para decirle que, en las afueras del pueblo, una pobre familia se encontraba en estado de extrema necesidad. Todos estaban enfermos y no tenían a nadie que los asistiera.

Carecían además de medicinas y alimentos. El buen sacerdote sintió oprimírsele el corazón. En la homilía expuso a los fieles con acentos conmovedores la necesidad de aquella familia.

Su compasión fue contagiosa o, como él diría, “**Dios tocó el corazón**” de los oyentes. Por la tarde, después de vísperas, Vicente, acompañado de un honrado burgués de la villa, se puso en camino para visitar a aquellos desgraciados.

Cuál no sería su sorpresa al ir encontrando por el camino multitud de personas que iban o venían del mismo caritativo cometido. Como hacía calor -era probablemente el día 20 de agosto-, muchas de ellas se sentaban a lo largo

de los senderos para descansar y refrescarse un poco. Aquello parecía una romería.

Vicente llegó y comprobó por sí mismo la extrema necesidad de la pobre gente. Administró los sacramentos a los más graves. Vio también la gran cantidad de socorros que los feligreses habían aportado.

Aquel espectáculo despertó sus reflexiones. Otro acontecimiento, otro signo de la Providencia, acababa de señalarle, una vez más, su camino.

“**Estos pobres enfermos -se dijo- han recibido hoy de golpe provisiones de sobra. Parte de ellas se les estropearán, y mañana se encontrarán en su primitivo estado. Esta caridad no está bien ordenada**”<sup>4</sup>. Era necesario organizarla.

Tres días más tarde, el miércoles 23 de agosto, Vicente ponía en marcha su proyecto. Reunía a un grupo de piadosas señoras del pueblo, entre las que no faltaban, por supuesto, Francisca Baschet y Carlota de Brie, y las animaba a crear una asociación para asistir a los pobres enfermos de la villa.

Se comprometían a empezar la buena obra al día siguiente, realizando el servicio cada día una, por orden de inscripción, encabezado por la castellana del lugar. Confío en Dios y también en las personas...

Acababa de nacer la primera Cofradía de la Caridad. A ésta, le seguirían otras en casi todas las parroquias de los pueblos. Con el paso del tiempo las Cofradías de la Caridad han dado lugar a la Asociación Internacional de Caridad (AIC).

Y por su confianza logró cambiar el rostro de la Iglesia de Francia en su tiempo. En 1625 fundará la Congregación de la Misión para predicar misiones en los pueblos y establecer Asociaciones de Caridad como fruto de la misión, instruir y formar al clero y evangelizar a los pobres.

**4. ABELLY, LOUIS:**  
La vie du vénérable  
serviteur de Dieu  
Vincent de Paul...  
(Paris 1664).  
L.1 c.11 p. 46.

**5. S.V.P. XIV p. 125.**

## Vicente de Paúl ve a un Dios demasiado bueno como fuente de su confianza

En 1633, junto con Santa Luisa de Marillac, fundan la Compañía de las Hijas de la Caridad destinadas al servicio de los pobres.

### 4/

## Raíces familiares de su confianza en Dios:

En su hogar campesino de Pouy, al sur de Francia, recibió de sus padres, Juan de Paúl y Beltranda de Moras, una fe sencilla y llena de confianza en Dios.

Él la acoge, aprende y hace suya. Observa y fortalece sus convicciones de fe: Dios es demasiado bueno, y sus promesas son verdaderas...

Así lo proyecta él mismo, ante las Hijas de la Caridad, en la conferencia del 25 de enero de 1643:

“No hay nada que valga tanto como las personas que verdaderamente tienen el espíritu de los aldeanos; en ningún sitio se encuentra tanta Fe, tanto acudir a Dios en las necesidades, tanta gratitud para con Dios en medio de la prosperidad... ¿Habéis oído decir alguna vez, mis queridas hermanas, que se ha engañado quizás alguno de los que tuvieron confianza en Dios?

¡Ni mucho menos, hijas mías! Dios es demasiado bueno, y sus promesas son verdaderas. ¿No sabéis que les ha prometido a todos los que dejen cuanto tienen por amor suyo que tendrán el céntuplo en este mundo y la gloria en el otro?” (SVP: IX/1, 92, 98; 25-01-1643)

El joven Vicente había recibido, a la vez, la luz del día y la de luz la fe: Dios formaba parte de su mundo campesino. Él le ve como **Creador** que ha ordenado los días y las estaciones que hace vivir y crecer a todos los seres creados, incluidas plantas, animales y hombres de su entorno. Le ve también como **el Padre** que provee a la subsistencia de sus hijos y de quien depende todo viviente.

Le ve como **el Señor** de quien deriva toda autoridad desde el rey hasta el último de los palurdos; y ante Quien un día hemos de rendir cuentas todas las personas, tras un juicio de misericordia, pero juicio, tal como aparece en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo.

Este Señor es Jesús de Nazaret, el misionero del Padre, el enviado para salvarnos y hacernos entender que Dios Padre quiere misericordia y no sacrificios, por eso Vicente de Paúl confía en Él y enseña a confiar, contemplándole como adorador del Padre, servidor de su designio de amor y evangelizador de los pobres.

Honar al Señor Jesús es confiar ilimitadamente en Dios Padre. Por eso **Vicente de Paúl ve a un Dios DEMASIADO BUENO como fuente de su CONFIANZA.**

### 5/

## La confianza en Dios, experiencia que vive y proyecta:

**En su oración.** En las conferencias que imparte a los misioneros, a los sacerdotes y obispos miembros de las Conferencias de los martes o a las Hijas de la Caridad, eleva su espíritu a Dios de forma espontánea, lleno de confianza:

LH n.314

Señor mío y Dios mío, Jesucristo, Salvador mío, el más amable y amoroso de todos los hombres, que has practicado incomparablemente más que todos juntos la caridad y la paciencia, que has recibido más injusticias y afrentas que todos, y que has tenido por ellas menos resentimiento que nadie, escucha, por favor, la humildísima oración que te dirigimos, para que te plazca derramar sobre la Compañía el espíritu de la caridad y confianza que tú tuviste y el espíritu de mansedumbre y de paciencia que demostraste con tus amigos..., a fin de que, por la práctica de estas virtudes, se cumplan en ella los designios eternos de la adorable voluntad de Dios... Te lo pido lleno de confianza en tu misericordia infinita (SVP: IX/1, 280-281).

En su catequesis, proyecta su fe y su experiencia de confianza en Dios como buen campesino de origen:

¿Habéis visto jamás a personas más llenas de confianza en Dios que los buenos aldeanos? Siembran sus granos, luego esperan de Dios el beneficio de su cosecha; y si Dios permite que no sea buena, no por eso dejan de tener confianza en Él para su alimento de todo el año.

Tienen a veces pérdidas, pero el amor que tienen a su pobreza, por sumisión a Dios, les hace decir: «¡Dios nos lo había dado, Dios nos lo quita, sea bendito su santo nombre!». Y con tal que puedan vivir, como esto no les falta nunca, no se preocupan por el porvenir” (SVP: IX/1, 99; 25-01-1643).

En su predicación manifiesta su confianza en Dios y pide a los misioneros que la irradian en sus palabras:

“En nombre de Dios, padre, use de todas las precauciones que su empleo le permita, con la confianza de que Aquel que, desde toda la eternidad, le ha escogido para la asistencia de los pobres de esos barrios, le conservará como la pupila de sus ojos, tanto como su gloria y el bien de usted lo requiera” (SVP: I, 378, carta a un misionero 19-10-1636).

En el servicio a los enfermos pide sus seguidores la confianza en la divina Providencia:

“Como fuente de consuelo: Animadles a sufrir por el amor de Dios, no os irritéis jamás contra ellos y no les digáis palabras duras; bastante tienen con sufrir su mal. Pensad que sois su ángel de la guarda visible, su padre y su madre... Llorad con ellos; Dios os ha constituido para que seáis su consuelo” (SVP: IX/1, 25).

“Consolaos con este pensamiento, cuando vayáis a visitar a los enfermos y en todo lo que hagáis: He de esperar de la bondad de Dios, puesto que es él el que me ha llamado para esto, que me concederá la gracia de hacerlo virtuosamente” (SVP: IX/2, 1066).

“Para ofrecer confianza y aliento: Al salir para ir a visitarlos, elevar el corazón a Dios y decir: “¡Oh, Dios mío! Dame la gracia de consolar a ese pobre enfermo” (SVP: XI/3, 78).

“Como impulso para vivir en disponibilidad: Hay que estar dispuestas a ir a donde quiera que se os ordene, e incluso a pedirlo y decir: «Yo no soy ni de aquí ni de allí, sino de todas partes a donde Dios quiere que vaya»... Confiad... la Providencia jamás os faltará...

Hay que despojarse de todo y no tener nada propio. Vosotras habéis sido escogidas para estar de esta forma bajo la disposición de su Divina Providencia” (SVP: IX/1, 30).

En los conflictos de relación con los demás, poner el asunto en manos de la divina Providencia con mucha confianza: Así lo pone de relieve en una carta a un compañero de Annecy (1640) con dificultades comunitarias:

“Hay que hacer observar el Reglamento... por medio de una comunicación al superior general, quedando luego tranquilo, con la confianza de que nuestro Señor proveerá o por el cambio de superior, o porque ellos mismos cambiarán de opinión en algún Retiro o en alguna oración, en la que Dios les dé luz y fuerza para remediar ese defecto.

En una palabra, hay que poner esto en manos de la divina Providencia y quedarse tranquilo” (SVP: II, 63 25-07-1640).

Esta confianza le hace vivir con la mirada puesta en un Dios Providencia que se hace provisor y defensor de los pobres.

Por eso exclama repetidas veces frases llenas de confianza. De la abundancia del corazón habla la boca: “Esto es todavía más cierto que el que estamos todas presentes aquí”;

- “Por eso le dejamos hacer”...;

- “Yo había pensado llamaros Hijas de la Providencia por la necesidad de confianza que tenéis”;

- “Hay algo más evidente... La gracia tiene sus momentos;... Siempre hemos procurado seguirla”;

- “Las obras de Dios no se hacen de ese modo... Con precipitación y sin discernimiento”;

- “Dejemos actuar a Dios en nosotros... Aguardemos con paciencia y actuemos confiando en Dios y en los demás”;

Para que todos compartieran sus sentimientos, en el mes de septiembre de 1658 cuando el Parlamento de París emitió una sentencia decretando la expropiación de la finca de Orsigny de la cual obtenía muchos frutos para los pobres, san Vicente hizo una bella plática a la comunidad en la que sus ideas sobre la aceptación de los contratiempos y sus reflexiones sobre el consejo evangélico de no pleitear reciben la formulación definitiva:

“Hemos ganado mucho con esta pérdida, pues Dios nos ha quitado, con esta finca, la satisfacción que teníamos de poseerla y la que habríamos tenido de ir allá de vez en cuando; y ese deleite, por ser conforme a los sentidos, habría sido como un dulce veneno que mata, como un fuego que quema y destruye. Y ya estamos libres de este peligro por la misericordia de Dios; al estar más expuestos a las necesidades temporales, su divina bondad nos quiere también elevar a una mayor confianza en su providencia y obligarnos a abandonar en ella todas nuestras preocupaciones por las necesidades de la vida lo mismo que por las gracias de la salvación”.

6. San Vicente de Paúl, director de conciencia, Arnaldo d'Agnel; traducido por Pedro Alcántara Hernández. Madrid: Librería Religiosa Gabriel Molina, [1927].

7. S.V.P.: Correspondencia, Tomo I, carta nº 356, p. 499.

## 6/

Maestro interior  
de la confianza en Dios.

El libro titulado San Vicente de Paúl, director de conciencia de **Arnaldo d'Agnel**<sup>6</sup> pone de relieve esta faceta. Se percibe de forma muy expresiva en las orientaciones que da a **Luisa de Marillac** a partir de 1625 en que inicia su dirección espiritual: “Confíe en Dios y manténgase alegre, señorita”; “Dios es amor y quiere que vayamos a Él por amor”; “Esté siempre alegre, aunque tenga que disminuir un poco esa pequeña seriedad que la naturaleza le ha dado y que la gracia endulza, por la misericordia de Dios”<sup>7</sup>.

A las Hijas de la Caridad: «Hijas mías, tenéis que tener tan gran devoción, tan gran confianza y tan gran amor a esta divina Providencia que, si ella misma no os hubiese dado este hermoso nombre de Hijas de la Caridad, que jamás hay que cambiar, deberíais llevar el de Hijas de la Providencia, ya que ha sido ella la que os ha hecho nacer» (IX, 86).

A todas las personas a quienes dirige espiritualmente les pide confianza en Dios en estos tres ámbitos de la vida cristiana: la oración, la misión confiada y la experiencia de sufrimiento y cruz.

A las Hijas de la Caridad les dice expresamente: “Si os abandonáis en manos de la Providencia, Dios tendrá cuidado de vosotras; os conducirá, como de la mano” (IX/2, 1052).

El 9 de junio de 1658, dos años antes de su muerte dedica a las Hijas de la Caridad una Conferencia expresa sobre la Confianza.

En ella afirma: “Dios nos salva por los caminos que solo su Providencia sabe”... Insiste en que hay que aprender a confiar en la Providencia

como un niño en los brazos de su nodriza... Y para alentar la confianza en las Hermanas aporta las siguientes razones: Sabemos que Dios es bueno; Él nos ama con mucho cariño; Él desea nuestra perfección; también desea nuestra salvación; Piensa en nuestra alma y cuerpo y Quiere concedernos todo lo que necesitamos... Seguidamente explica con detalle qué actitudes conlleva el hecho de confiar en Dios y su Providencia:

- Vivir disponibles para la misión confiada por los superiores competentes,
- Aceptar la cruz y los sufrimientos que la vida nos depara,
- Dejarse conducir en las enfermedades y limitaciones, tanto físicas o psíquicas como en las espirituales.
- Soportar la tristeza y los abandonos interiores con paz,
- Saber que sin la gracia de Dios no podemos NADA...
- Conformarse con la Voluntad de Dios y cumplirla.

Por eso insiste: Ved cómo la confianza os es absolutamente necesaria para ir a todos los sitios a donde la Providencia os llame,... a fin de acudir al lado de los pobres miserables, especialmente los enfermos:

- en sus casas,
- en los hospitales,
- en las cárceles,
- en los campos de batalla.

A lo largo de la Conferencia San Vicente se pregunta por los motivos de la disponibilidad y creatividad de muchas Hermanas: ¿Quién es el que los mueve a ello? El amor a Dios, hijas mías, y nada más; la confianza en su Providencia” (IX/2, 1054). Y para alentar la confianza pone ejemplos de personas que la han

vivido, comenzando por Jesús de Nazaret.

La confianza en Dios y su Providencia genera disponibilidad para las obras y lugares de servicio y también hacia las personas con las que compartimos vida y misión: “Una Hermana que ha puesto su confianza en Dios, no se pone a mirar con quien la ponen...confía en Dios y en las personas”.

Y seguidamente pone ejemplos de personas que han vivido la confianza y el abandono, comenzando por Jesús de Nazaret. Es nuestro modelo y espejo de confianza en el Padre y en su divina Providencia:

“Tanto si os mandan a la ciudad o a las aldeas, o bien cuando permite que sufráis alguna tentación, someteos a la Providencia. Estad seguras de que ella os conservará, pero entregaos a Dios y pedidle que le plazca disponer de vosotras de la forma que quiera”... “Si lo hacéis así, haréis un acto de amor a Dios muy excelente, poniendo vuestra vida bajo su Providencia... Y aun cuando murierais en vuestra tarea,... entonces podéis imitar a Nuestro Señor, que fue obediente hasta la muerte de cruz” (IX/2, 1062).

Lleno de confianza, San Vicente fundó tres Instituciones fuertes de CARIDAD en la Iglesia: la Asociación Internacional de Caridades parroquiales (AIC), la Congregación de la Misión para evangelizar a los necesitados (CM) y las Hijas de la Caridad (HC).

Con las Hermanas rompió moldes creando algo nuevo en la Iglesia:

“Vuestro monasterio es la casa de los enfermos y aquella en la que reside la

superiora; vuestra celda es un cuarto de alquiler. En esto sois más semejantes a Nuestro Señor. Tenéis como capilla la iglesia parroquial, en la que tenéis que asistir siempre al santo sacrificio y dar buen ejemplo, siendo siempre la edificación del pueblo, aunque sin dejar por ello el servicio necesario a los enfermos. Vuestro claustro son las calles de la ciudad, por las que tenéis que ir para atender a los enfermos.

Vuestro claustro es la obediencia, ya que la obediencia tiene que ser vuestra clausura, no pasando nunca más allá de donde se os ha mandado y manteniéndoos encerradas allí dentro. Por reja tenéis el temor de Dios. Y por velo, lleváis la santa modestia... Teniendo presente que no han hecho ninguna otra profesión para asegurar su vocación más que la confianza en la divina Providencia; por eso tienen que tener tanta o más virtud que si hubieran profesado en una orden religiosa” (IX/2, 1179).

Implicó a mujeres y hombres laicos en el servicio de los pobres: les motivó, alentó, comprometió y CONFIÓ. Creo redes de CARIDAD que perduran en el tiempo... La CONFIANZA les impulsó a ir más allá, donde los pobres sufren y mueren...

San Vicente de Paúl, icono de confianza nos estimula e interroga. En nuestro corazón y en nuestras manos está la respuesta.